

Interruptus

Lola Majuca



Capítulo 1

cApITULO1

rENATa

-¿Puedes creerlo?- los ojos de Verónica se abrieron desmesuradamente acentuando su asombro e indignación- El tipo no sacaba la mano de ahí!-

-¿Y qué hiciste?- Ana Belén seguía el relato sin perder detalle.

-Pues, se la pellizque!... Flor de pellizco se llevo!-

-Que asqueroso!. ¿No le dijiste nada?-

-Que va!. Ni modo... Por ahí te sale con que lo provocaste o...

Renata a un metro de distancia había dejado de tipear en su máquina de escribir Olivetti, para escuchar mejor el relato de Verónica. Simulaba acomodar el papel para pasar el corrector.

No hablo, ni participo en la conversación. Nunca la hacia. De hecho no se entendía bien con sus dos compañeras que le resultaban demasiado estridentes, vanales, estereotipadas.

Renata no entendía ni sus chistes, ni sus vidas y todo el relato que ellas hacían del mundo y de lo que en él ocurría, le parecía extraño y ajeno.

Sonó el teléfono y Ana Belén se apresuró a cogerlo

-MercerialaIdealbuenosdíascomopuedoayudarle- recito la voz nasal de Ana Belen como un mantra inconciente y Renata volvió a su carta en la máquina de escribir.

Sin embargo, su mente rememoraba el relato de Verónica.

Al parecer un hombre le había tocado el trasero en el transporte público aprovechando lo abarrotado que estaba.

Esa era toda la historia. Pero no era todo para Renata.

Ella hubiera querido saber cómo había tocado a Veronica, ¿que parte?, ¿se había demorado en sus glúteos?, ¿había sido solo un sutil roce o el extraño la había apretado descaradamente?. Tal vez había tenido la osadía de aventurar el canto de la mano por entre las nalgas... ¿Era joven?, ¿viejo?, ¿cómo olía?. Había miles de preguntas para hacer y Ana

Belén había arriesgado la más estúpida, la más obvia *-¿Y qué hiciste?-*

Hacía mucho tiempo que nadie tocaba a Renata.

Un año atrás había roto con su novio. En realidad, él rompió con ella. No la entendía. Eso había dicho. Eso y algo como "ya no te amo". Renata tardó bastante en darse cuenta que él no volvería. Como una semana.

Él, su ex novio había sido el último que la había tocado. De eso había pasado ya un año.

Miro a Veronica. Era joven y hermosa. Un cuerpo con generosas curvas, un buen trasero y unas "bubbis" que no pasaban desapercibidas para ningún hombre.

En esos momentos, mientras Renata escribía a maquina y Ana Belén se dejaba caer sobre su sillón con un resoplido, Veronica retocaba su labial rojo en su escritorio.

Su cabello teñido de un rojo caoba, le parecía a Renata demasiado barato y berreta. Prefería su castaño oscuro natural, pero Verónica parecía ocultarlo obsesivamente bajo una variedad cambiante de rubios, rojos y negros.

Más de una vez había escuchado decir a Verónica que su cabello la aburría, sin embargo Renata consideraba que la dedicación que ponía en él era mucho más que aburrimiento. Renata pensaba que era algo como masturbatorio la interacción de Veronica con su pelo.

La mañana continuó sin novedad. Todo era un disco que se repetía: Ana Belén hablaba todo el tiempo y Renata se preguntó por milésima vez si tenía vida.

Ana Belén era muy parecida a Adrian, la mujer de Rocky Balboa. Muy parecida al personaje, no a la actriz.

Todo el discurso de Ana Belén, de esa y todas las mañana estaba minuciosamente construido de preocupaciones que tenían como protagonistas a su esposo y sus tres hijos. Ana Belén nunca hablaba de ella.

Al medio día, Renata almorzó en su escritorio. Atún con arroz blanco, frio.

Por su parte como todos los mediodías, Verónica y Ana Belén se reclusan en la estrecha cocinita.

Descolgó el teléfono para no ser molestada y abrió un libro que llevaba un

mes leyendo en ese pequeño intervalo de media hora al medio día.

Desde la cocinita, le llegaban las risas de sus dos compañeras y la voz dominante de Verónica en lo que parecía ser el relato de una película que había ido a ver con su novio al cine.

When Harry Met Sally

Cuando hubo terminado el tiempo del almuerzo, Renata se dirigió a la cocina para lavar el plato y la cubertería que había usado y se encontró con Verónica. Estaba inclinada sobre la bacha haciendo lo propio con sus enseres.

Vestía esa mañana un vestido liviano de algodón lila claro con un estampado de pequeñas flores amarillas.

Renata miro la espalda de Veronica, luego su pequeña cintura y al fin, su trasero.

La tela se inmiscuía levemente en el inicio del surco que marcaba la división de sus nalgas y Renata se pregunto qué diría Verónica si en ese momento la tocara.

Estaban solas. Ana Belén estaba en el lavabo.

Verónica canturreaba muy bajito una canción, que seguramente estaba a la moda.

-¿Así te toco ese asqueroso?- le diría al oído en un susurro, mientras palpaba muy suavemente sus redondas nalgas.

Verónica no diría nada. De hecho, arquearía su espalda ofreciéndose a una caricia mas intima.

-¿O así?- La mano de Renata apretaría las nalgas de su compañera con fuerza mientras sus labios la besarían suavemente detrás de la oreja.

Renata apretaría sus pequeños senos contra la espalda de Verónica. Luego su mano buscaría el calor, la humedad de aquel surco oculto por la suave tela del vestido de algodón. Mordería suavemente el lóbulo de la oreja de su compañera. Verónica gemiría y querría besarla en la boca, pero Renata lo impediría. La obligaría a permanecer así, de espaldas a ella, pasiva, víctima de sus caricias y de su deseo.

Levantaría muy lentamente el vestido sin dejar de acariciar la suave separacion de sus nalgas. Sin dudas, la piel de Veronica era suave, tersa,

aterciopelada.

Renata, introduciría su mano mas profundo, buscando la intimidad de Veronica. Ella, pasiva gemia.

Estaría húmeda, muy húmeda y Renata no podría evitar sacar sus dedos para llevarlos a su nariz, para oler el deseo de su compañera. Tal vez, decidiera llevar sus dedos a la boca para probar el sabor que tenía el deseo de...

Verónica se dio la vuelta repentinamente y se asusto.

-Joer!!!- dijo a un tris de dejar caer su plato y su vaso- Me asustaste Renata!!!. No puedes pararte detrás de las personas así en silencio... Saluda al menos... tose...o di algo niña!!!

-Lo siento mucho- dijo Renata – No era mi intención.

-Vaya bicho raro eres, Renata!!!-

-Lo siento- repitió Renata.

Cuando Verónica salió de la cocina, Renata lavo su plato, sus cubiertos y su vaso.

Luego, fue a su escritorio a conciliar cuentas.

Capítulo 2

CApiTULO 2

VeROniCa

Se había decidido por una pollera tubo color marrón que bajaba un poco más arriba de las rodillas y una camisa símil seda color blanca. Tacones de unos cinco centímetros de alto en unas sandalias color café con leche.

Espero como todos los día el bus que la llevaría al centro donde estaban las oficinas de la Mercería al por Mayor La Ideal. Solo que esa mañana, la ansiedad la había empujado a llegar antes a la habitual parada de autobuses.

No llevaba bragas.

Agito su cabello teñido de color rojo caoba para acomodar sus amplios risos a su espalda y el aroma de su propio perfume la sacudió un poco. Se había puesto demasiado.

En la parada estaban esperando un joven que parecía ser estudiante y un hombre mayor con sombrero.

Cuando el bus llego a su parada, estaba atestado como de costumbre y tanto el joven como el viejo le cedieron el paso. Verónica subió como pudo un escalón e inmediatamente sintió como era apretujada por el viejo y el joven que intentaban subir después de ella.

Poco a poco fue introduciéndose en el coche. Era tal la aglomeración de personas que era casi imposible avanzar.

“Igual que ayer” pensó.

Ayer.

Ayer, Verónica había tomado el bus como todos los días. Llevaba un lindo vestidito lila pálido con simpáticas florcitas amarillas estampadas que había comprado en una tienda de saldos y que parecía hecho a su medida. Cuando Verónica lo vio se enamoro de él y no pudo dejar de comprarlo.

Ayer, había sentido un leve roce en sus nalgas. Era el revés de una mano. Una mano masculina.

Verónica frunció el ceño y sintió asco.

Trato de apartarse del roce pero era imposible. Estaba compactada entre humanos.

En ese momento, o sea ayer, pudo sentir la extensión de los dedos ejerciendo una suave presión sobre su nalga izquierda.

Se daría vuelta y pondría al degenerado en su lugar. Pero... ¿y si acaso era un roce fortuito?

Ayer, Verónica esperó.

La mano del hombre parecía haber girado discretamente pues ahora Verónica sentía la calidez de la palma del hombre y sus dedos en una muy sutil presión sobre su culo.

Aquello no era fortuito.

El tipo ese estaba tocándole el culo.

Se sintió mirada.

Miro frente a sí en el reflejo de las ventanillas. Vio los ojos del hombre buscando los de ella. Era un viejo. Un viejo pelado de esos que la falta de pelo, lo lleva a peinar los pocos que le quedan intentado cubrir la piel desnuda de la cabeza. La miraba a los ojos por el reflejo de la ventanilla. Delante de él, aparecía el rostro de ella que se le antojo patético.

Aun fija a esos ojos reflejados, Verónica sintió como la mano tomaba coraje y aumentaba la presión sobre su nalga.

El asco le produjo algo de náuseas. Pensaba en esa mano. ¿Quién sabe qué cosa inmunda ha tocado antes?. Pensó en su culo.

Era el momento, debía girarse y poner en su lugar a ese viejo degenerado. Verónica pensó que el tipo podría contestar una barbaridad y que ella pasaría de ser víctima a ser una histérica.

Pero algo debía hacer.

La mano de hombre comenzó a acariciarle descaradamente su nalga izquierda, pero algo ocurrió.

A las espaldas de Verónica se produjo un movimiento masivo y el viejo se desplazó unos centímetros.

Verónica sintió el abdomen del viejo apoyar parte de su espalda y aquello le dio una especie de repulsión extraña. Imagino un abdomen distendido y peludo. No sabía porque lo relaciono con un ahogado que había visto

sacar del río por televisión.

La mano ahora se ocupaba descaradamente de su nalga derecha.

Un pellizco. Un enorme y doloroso pellizco era lo que iba a darle a ese viejo degenerado.

Se sintió húmeda.

La mano ahora, o sea ayer, recorrió lascivamente la nalga derecha en busca del centro.

El vestidito de algodón transmitía a través de sí fielmente el territorio de la palma y los movedizos dedos del perverso. La palpaban, la acariciaban. Los dedos evaluaban la calidad de su piel, su turgencia, su forma sin ningún tipo de respeto.

Un aliento a tabaco rancio y un aroma a Old Spice, le llegaron desde sus espaldas y Verónica sintió el asco revolverle el estómago. La respiración del viejo se había instalado en su nuca y detrás de su oreja. Cerró los ojos. Su boca se entreabrió.

Ella froto sus piernas disimuladamente y sintió escurrirse. Gimió. Imperceptible.

El viejo a sus espaldas comenzó a subir lentamente el vestidito.

Pero... hasta donde pensaba llegar ese viejo depravado!. Verónica frunció el ceño y abrió grandes los ojos.

Cinco cuerdas.

Faltaban cinco cuerdas para llegar a su destino y Verónica, confundida y excitada comenzó a abrirse paso pidiendo permiso para llegar a la puerta de salida.

Ayer, había sido una anécdota deliciosa para contar a las chicas de la oficina.

A Ana Belén. Renata era extraña. Era linda. Y extraña.

Hoy, en el bus Verónica busco disimuladamente al viejo pelado. No lo encontró en primera instancia ya que era tal el abarrotamiento de gente que no lograba ver la hilera contraria a donde ella estaba.

Pasaron las cuerdas y Verónica se resignó a bajar.

Entonces lo vio.

Estaba sentado en los asientos de a uno. Casi al fondo. Mirando distraídamente por la ventanilla.